

Los desafíos del Uruguay en el siglo XXI. La cohesión social

Enrique Iglesias*

Quiero ante todo y en principio agradecer mucho al CLAEH que me haya invitado a decir unas palabras en este acto en el que recordamos los cincuenta años de la vida de esta institución. Si veinte no son nada, cincuenta años de una institución son mucho, son muchísimos en la vida de nuestro país. La presencia masiva de tantas autoridades y tantos amigos es un testimonio del prestigio que ha adquirido el CLAEH a lo largo de medio siglo de existencia.

Podría mencionar a muchas personas vinculadas con esta institución que ya no están con nosotros, pero quiero recordar a una en particular para empezar, la figura de quien fuera uno de los fundadores de esta institución: Juan Pablo Terra. Un gran amigo, un gran colaborador, un gran socio en sueños compartidos durante tantos años y un gran apoyo en un período muy lindo de mi trabajo en Uruguay, el de la Comisión de Inversiones y Desarrollo Económico (CIDE), de la que fue un gran colaborador porque creía en todo esto. Nos ayudó mucho con sus estudios, con su apoyo, y luego compartimos muchas cosas juntos a lo largo de los años, hasta que nos dejó.

El amigo Juan Pablo y Tosar conocieron al padre Le Bret en un viaje que hicieron de estudiantes a Francia; antes lo habían conocido aquí en conferencias que dio este pensador, este intelectual, en el Uruguay en el año 1947. A partir de esas conversaciones, que sedujeron al público uruguayo de la época, y también

* Secretario General
Iberoamericano

a Juan Pablo y a Tosar, comenzaron a trabajar en el Uruguay, trataron de conocer el país, de entenderlo, intentaron acercarse a la realidad social. De allí sus trabajos en La Teja, en el pueblo Rodríguez, el trabajo sobre el Uruguay rural, del año 64 —que fue una contribución muy importante al CIDE—, los trabajos en materia de programas de vivienda y, sobre todo, el inicio de un programa de aproximación a la realidad nacional a partir del conocimiento directo de lo que pensaban las personas, de lo que sentían. El método de encuestas, que hoy es tan común en las ciencias sociales y económicas, tuvo en esos años para este equipo de gente una especial prioridad.

En todo esto ciertamente el CLAEH fue creciendo. Después se acercó a abordar el área de formación, el área de la creación de estudios, el conocimiento de la realidad nacional. Y es un activo del país. Tenemos que rendir un tributo a esta institución, y con ella a todas las instituciones que mantuvieron la necesidad de pensar al país, de ayudarlo a pensar, y que sobrevivieron en períodos muy difíciles de la vida nacional. Estos grupos, que se mantuvieron y sobrevivieron a lo largo de ese largo período de desencuentro nacional, merecen un respeto muy especial y un agradecimiento muy particular, porque mantuvieron presente el pensamiento en el país y la posibilidad de contribuir a él con sus ideas y su esfuerzo. Todo eso está detrás de esta ceremonia, de este encuentro que tenemos hoy los amigos aquí presentes de esta institución.

No voy a analizar el ideario del que partió ese CLAEH, pero no cabe duda de que su origen tuvo que ver con la inspiración del padre Lebrez, que fue un pensador original y audaz en su tiempo. Era un heredero directo del pensamiento socialcristiano y de la labor de la Iglesia en materia social, particularmente a partir de la *Rerum novarum*, de fines del siglo XIX, y luego de las contribuciones de los que sucedieron a León XIII. Le tocó vivir a Lebrez años muy turbulentos, los primeros cuarenta años del siglo, con las guerras, con el surgimiento de los regímenes autoritarios, los fascismos, los nazismos, los stalinismos, que ocuparon aquel período tan turbulento.

No deja de ser admirable que, en medio de aquella turbulencia, haya querido trabajar este concepto del bien común, que hoy es bastante utilizado. En las Naciones Unidas hablan de los bienes comunes globales y nosotros en América hablamos de los bienes comunes regionales. Dijo que había que trabajar en torno a esos bienes, que son bienes que se eligen y se desean en común, que se producen en común y que se revierten comúnmente sobre cada uno, y ligó este concepto inicial de bien común con el concepto de solidaridad, que en aquellos momentos no era un tema de corriente aplicación, no era común hablar de solidaridad, del compromiso de unos y otros para hacer cosas juntos. Como tampoco era común en el año cuarenta, que fue cuando comenzó a escribir, hablar de protección y eliminar las inseguridades que acometían a la sociedad internacional.

Lebrez se manifestó por la economía humana, cuya idea central es que la economía es algo más que la acumulación de bienes, es la plena realización del individuo como persona, como ciudadano, como intelectual, como trabajador. En el desarrollo se cubre no solo la subsistencia, sino también la necesidad de dignidad, de felicidad, de poder funcionar en un clima de paz, de tranquilidad. Todo eso forma parte del ideario que estuvo detrás de este pensador que tanto influyó en el nacimiento del CLAEH. La ideología de Lebrez no es un paradigma de desarrollo, es una manera de pensar y una manera de actuar en la

sociedad. Inspira fundamentalmente esos grandes valores morales que están detrás de la concepción del hombre que vive en sociedad, para la cual la economía es un instrumento, no un objetivo sino el instrumento fundamental para la plena realización del individuo.

Este pensamiento tuvo una gran influencia en muchos lugares. La democracia cristiana lo reconoció, Le Bret fue un gran amigo de Frei (padre), fue un gran amigo del papa Pablo VI. La *Populorum progressio*, de la que dentro de poco se van a celebrar los cuarenta años, tuvo mucho que ver con Le Bret, que tanto aportó al pensamiento social del momento.

Voy a hablar un poco del país y del ideario que rodeó el nacimiento del CLAEH. Vamos a reflexionar en primer lugar sobre el momento en que estamos en el mundo, cómo eso se proyecta en los instrumentos con los que hemos trabajado en los últimos cuarenta años para entender el desarrollo económico, para luego caer en visiones más referidas a la realidad nacional.

Todo aquel pensamiento que rodeó las primeras concepciones del desarrollo, cuando empezamos a pensar en esos temas, a principios de los años cincuenta, con el nacimiento del pensamiento de CEPAL, respondía a una realidad. Hoy no estamos viviendo una época de cambios sino un cambio de época: en el mundo está cambiando la época en la que estamos viviendo. El tema central es saber si los instrumentos con que manejamos este cambio de época son los adecuados, o si son incompletos o insuficientes. Yo creo que son insuficientes y a eso voy a dedicar unos minutos.

Tenemos en este momento en el siglo XXI un conjunto de elementos que realmente indican que estamos en un cambio de época. Ciertamente, la globalización o la mundialización, como debería decirse, nos sorprende a todos, todos los días. Es muy difícil separarse de ese fenómeno que se impone de una forma absolutamente ineludible a los ciudadanos, a las empresas, a la sociedad en su conjunto. Y no es solo un problema de las comunicaciones que han transformado a la humanidad en la manera de entenderse y comunicarse en tiempo real, sino que nos sorprende por su profundidad y por cómo influyen en todo.

El concepto de empresa. El concepto de empresa global es una de las cosas más impresionantes de la época, es un cambio fundamental en la historia de la humanidad: la empresa que no se sabe dónde está, que produce con agregados que vienen de todas partes del mundo. La empresa global es un fenómeno que hoy nos sorprende con su dinámica y por todo lo que significa como contribución al crecimiento económico de los países.

La nueva geografía económica. Una geografía económica que se caracteriza fundamentalmente por la irrupción vigorosísima del mundo asiático, sobre todo del fenómeno chino y el fenómeno indio, que son cosas espectaculares que nos cambian la geografía con que hemos pensado el desarrollo en los últimos cincuenta años.

Los cambios en el poder político y en el poder militar. Estos cambios de poder económico están llevando a un mundo multipolar en lo económico que va a tener proyecciones en lo político (ya las está teniendo) y en lo militar. Hay una nueva geografía económica que va a estar acompañada por otras geografías igualmente complejas y distintas de la que imaginamos en el pasado.

Los horizontes ilimitados de la tecnología. Tengo la impresión de que muchos de los temas que hoy nos preocupan van a ser superados por la humanidad. Soy muy optimista con respecto a esto, porque la capacidad de creatividad que tiene el hombre en este momento en materia de tecnología es inmensa. En muchos temas, desde el cambio climático hasta los temas energéticos, es muy posible que la tecnología nos sorprenda con formas que son imposibles de anticipar ahora pero que forman parte de esa creatividad impresionante que tiene el ser humano y la sociedad en este momento.

La nueva sociedad. Estamos muy acostumbrados a pensar en las sociedades a partir de los grandes estamentos de las clases pobres y las clases ricas, pero está surgiendo una clase media muy extendida, que cambia la naturaleza misma de nuestras sociedades.

Y las nuevas amenazas que trabajan hoy en el mundo. Me tocó trabajar en las Naciones Unidas en la identificación de algunas de esas amenazas, y no caben dudas de que hoy la humanidad, esta nueva humanidad en que estamos viviendo, en esta nueva época, se ve enfrentada a amenazas específicas que ya no son solo las convencionales: las del subdesarrollo, las del deterioro del medioambiente, sino las nuevas como las que se derivan del terrorismo internacional, del crimen organizado o de las armas de destrucción masiva. Todo eso describe una realidad que indica claramente que estamos en un cambio de época.

¿Cómo se proyecta eso sobre nosotros, y sobre todo sobre nuestro país? En los últimos cincuenta años me tocó acompañar este proceso con distintos sombreros y fui viendo cómo el concepto de desarrollo tuvo una respuesta que fue evolucionando a través del tiempo. Al principio, en los años cincuenta, para nosotros el desarrollo era una cosa bastante simple; éramos herederos directos de un pensamiento neoclásico que la CEPAL trató de enfrentar y reformar. En el fondo era una visión bastante economicista: el desarrollo era un problema de ahorro e inversión. El ahorro y la inversión nos iban a llevar al crecimiento, y el crecimiento iba a dar lugar a resultados y dividendos en materia social.

Cuando terminó la década de los cincuenta y comenzamos a percibir que los temas sociales se iban agrandando en la sociedad internacional, particularmente en América Latina, comenzamos a ocuparnos de los temas sociales. La primera contribución importante que recuerdo sobre la relación entre lo social y el desarrollo fue en el año sesenta, cuando se hizo la primera reunión de la UNESCO y la CEPAL para hablar de la relación que tenía la educación con el desarrollo. En el año sesenta empezamos a ocuparnos de esos temas. La temática social irrumpe tarde en este proceso, si lo miramos a la distancia, pero apareció como una respuesta a la incapacidad que mostraba la pura aproximación económica para dar respuesta a los problemas del subdesarrollo.

Ahí apareció la vertiente social, centrada en el logro de los grandes objetivos que partían de la educación, de la salud, de los problemas de la vivienda. La concepción social permeó la realidad internacional y aparecieron todos los esfuerzos de cooperación para el desarrollo que tuvieron una concentración muy grande en la lucha contra la pobreza y contra los factores sociales del subdesarrollo económico. De manera que aquella visión economicista se vio superada en los años sesenta y empezamos a tomar lo social como un tema central que venía a complementar la visión puramente economicista del desarrollo.

Luego pasamos a la etapa de los años noventa, con el surgimiento de la aproximación neoliberal. Llega el retorno democrático. Democracia y mercado fueron unidos a partir de un enfoque liberal. El tema central era dejar que los temas sociales fueran abordados por el funcionamiento libre de los mercados y por una democracia que a partir de la vigencia de los principios políticos libertarios daría lugar a una movilización de la sociedad para llevar adelante el desarrollo económico y social.

Ese modelo tampoco fue suficiente. Algunos países hicieron progresos importantes, sin duda, pero lo cierto es que ese modelo, que dominó y sigue dominando en muchas partes del mundo, tiene grandes desigualdades, grandes distancias. El fenómeno dio lugar a una duda central: ¿cómo era posible que ciertas reformas funcionaran en algunos países y en otros no?, ¿por qué ciertas cosas funcionan en el país A y no funcionan en el país B?, ¿por qué funcionaron en Asia y no funcionaron en América Latina?, ¿por qué funcionaron en Europa y no aquí?

Ese tipo de preocupación nos llevó a una cuarta vertiente: nos empezamos a ocupar de las instituciones. El tema ya no era solamente que los mercados funcionaran adecuadamente, sino que no funcionaban porque las instituciones aparecían como elementos limitantes de la capacidad de hacer las cosas en una sociedad. Esa debilidad institucional fue la cuarta vertiente en la que entramos para profundizar y llegar a nuevas categorías de análisis del subdesarrollo.

Esos procesos, que fueron interactuando, nos dejaron una América Latina con ambivalencias importantes. La primera ambivalencia es cómo explicar que esta región, con abundancia de recursos naturales y humanos, no sea capaz de alcanzar los niveles de crecimiento que alcanzaron los países asiáticos, por ejemplo. Pregunta difícil de responder cuando uno anda dando vueltas por ahí: ¿qué les pasa a ustedes que tienen semejante stock de unos y otros, y no son capaces de aproximarse a tasas de crecimiento mucho más dinámicas? Las cosas han cambiado algo en los últimos cuatro años, pero persiste la necesidad de explicarnos esa ambivalencia.

La ambivalencia entre los gastos sociales y los avances sociales efectivos. El gasto social aumentó en los años noventa en toda América Latina, sin embargo seguimos teniendo 38% o 39% de pobreza y tenemos la peor distribución de ingresos del mundo. Entonces también, ¿por qué razón, a pesar del gasto social, tenemos una distribución del ingreso que no es la que habríamos querido y queremos tener? Las estadísticas esconden la distancia entre ricos y pobres, entre urbanos y rurales, entre blancos, indígenas y negros, entre hombres y mujeres, que están presentes a pesar de los avances que se han hecho en materia de gasto social. E incluso las ambivalencias entre los avances de la democracia formal y su eficiencia social y económica. Si la democracia se consolida formalmente en toda América Latina, pero en la práctica deja de tener eficiencia social y económica, genera duda en la gente y sobre todo pérdida de fe. Por ahora no es mayoritaria, pero hay una pérdida de fe en cuanto a la evolución de la democracia.

¿Cuál es la preocupación? No quiero llegar a una versión pesimista. Los países han avanzado, se han hecho muchas cosas, las cosas han ido mejorando y están mejorando, sobre todo a partir de esta inversión del ciclo internacional con respecto a las materias primas, que nos ha ayudado. Y junto con eso hemos tenido un largo proceso de aprovechamiento de las experiencias cumplidas en el pasado.

Pero queda el hecho de cómo hacemos para explicar todo esto y qué está faltando en nuestros instrumentos de conocimiento de la realidad. Es ahí que aparece este concepto de cohesión social, que va a ser el tema de los presidentes en noviembre en Santiago de Chile, y el tema de los parlamentarios, la semana que viene.

El tema da para mucho, pero déjenme hacer un breve comentario. A este tema lo pusieron los europeos arriba de la mesa en el Consenso de Lisboa, en el que trataron de mirar los avances de la Comunidad, que son inmensos, pero también las grandes distancias en países, en regiones, y la necesidad de hacer un esfuerzo conjunto para avanzar en un proyecto social comunitario e integrado.

Hemos tomado ese tema en la comunidad internacional y empezamos a preguntarnos qué otra cosa más hay que tener, además de la dimensión económica, de la dimensión social, de la dimensión institucional, para entender el funcionamiento conjunto de la sociedad. Y ahí aparece el tema de la cohesión social. Tengo la convicción de que este concepto de cohesión social tiene algo que ver con el pensamiento originario que dio nacimiento a esta institución. Tengo la impresión de que toda esa visión humanista del pensamiento que creó al CLAEH tiene algo que ver con esta nueva vertiente en la que estamos involucrados hoy en torno al concepto de la cohesión social.

El tema de la cohesión social es entender que la sociedad es una cosa viva, vibrante, que tiene ciertos perfiles cualitativos que son muy importantes, además de los rasgos cuantitativos. El sentido de pertenencia a una sociedad o a un país; el sentido de la confianza que se genera en la sociedad entre las personas, o entre las personas y las instituciones; la capacidad que tiene una sociedad de ser solidaria consigo misma, de generar mecanismos de participación social, que hace que la gente no sea un ente pasivo en la construcción de la agenda nacional sino que sea un ente participativo en el conjunto de acciones de una sociedad, la valoración que hace la sociedad de la democracia; la valoración que hace de la justicia, etcétera. Esos elementos cualitativos son importantes en el mundo en que estamos por la complejidad de ese mundo y por la complejidad de nuestras sociedades. De manera que el concepto de cohesión social se define en torno a la capacidad que tiene un país como sociedad política y como gran empresa económica de tener un proyecto común al cual adherirse y de generar en la base social un apoyo fundamental para que sea una realidad.

Es muy interesante observar algunas estadísticas para ver cómo está hoy esto de la confianza en las instituciones en América Latina. El Latinobarómetro le pregunta a la gente en qué instituciones confía y en primer lugar aparece la televisión, con 54%; luego las fuerzas armadas, con 43%; luego la policía, con 37%; después la justicia, con 33%; luego los partidos políticos, con 20%; luego los Parlamentos, con 28%; y desconfianza total, 13%. Es una realidad que tenemos que abordar. Con esa estructura no es posible darle una cohesión a la sociedad para construir un proyecto común. Algo está pasando.

Veamos la pregunta sobre solidaridad social, entendida como la capacidad de adhesión a una causa o a una empresa en situaciones difíciles. Pongo los dos extremos, en Perú y Guatemala el 28% de la gente está dispuesta a ello; en Chile y Uruguay el 77%. En cuanto a la predisposición a la solidaridad en un proyecto común de sociedad (evaluado en el año 2003), Honduras tiene un porcentaje alto, 78%, en Uruguay

55% y en Chile 51%. En cuanto a valoración de la democracia (año 2004), Uruguay es el país que tiene el grado más alto, 82%, y el promedio de América Latina es 61%; Ecuador es el que tiene menos, 46%.

LA PROYECCIÓN SOBRE NUESTRA REALIDAD

Estos temas forman parte del concepto de la cohesión social y serán de los temas centrales que vamos a discutir. ¿Adónde nos lleva esto con respecto a nuestro país? ¿Cuáles son los componentes de los desafíos del siglo XXI, mirados a la luz de la evolución que hemos tenido en la forma de entender el subdesarrollo y particularmente la cohesión social?

Yo anoté cuatro o cinco frentes que creo que son los más relevantes para dar una respuesta desde el punto de vista de nuestro país a estos grandes desafíos que nos plantea el desarrollo en el siglo que estamos viviendo.

EL FRENTE ECONÓMICO

Primero hay que seguir apuntando a un crecimiento alto y sostenido. La experiencia de los últimos años nos demuestra que podemos crecer más. Nos ha ido bien en materia internacional, pero hay una capacidad de hacer cosas que se suma a eso, porque solo la bonanza externa no sería una explicación justa del crecimiento reciente del país. Hemos aprendido mejor los códigos del crecimiento y que el problema no es solamente crecer, sino crecer bien, con empleos de calidad.

En cuanto a los activos que tenemos para hacer frente a ese desafío, uno importante es la reciente valorización de los precios y la demanda de materias primas. Estamos entrando en un ciclo de expansión de materias primas como no hemos tenido desde hace mucho tiempo, quizás desde fines del siglo XIX y principios del siglo XX. Tengo la impresión de que este ciclo de valorización de materias primas es muy importante, puede tener oscilaciones hacia arriba o hacia abajo pero, en el fondo, la incorporación de dos mil doscientos millones de personas al consumo representadas por China e India es un hecho de una gran importancia para el mundo. En ese contexto estamos ubicados en una posición particularmente privilegiada.

En segundo lugar, la valorización que se está haciendo en el país del valor agregado a las materias primas fundamentales que producimos en distintos rubros. Es un tema que nos lleva a un activo propio desde que hace años el agro uruguayo ha profundizado en agregarle valor a las materias primas básicas.

En tercer lugar, la valorización de los servicios. En el fondo, la economía del mundo va hacia una economía de servicios. Ahí importan no solo las ventajas comparativas de nuestra ubicación geográfica sino también las ventajas comparativas que demuestra la praxis de cómo la sociedad, cómo los intelectuales o cómo los técnicos se están proyectando al mundo exterior. Algunos casos muy importantes, como el software o la asesoría, muestran que realmente hay una energía en la sociedad que valoriza los servicios como un factor de crecimiento.

Cuarto, hay un cierto consenso nacional en que hay que respetar la macroeconomía. Es un tema muy importante; no es algo que se ganó fácilmente, pero hoy hay un reconocimiento generalizado de que no se puede jugar con la macroeconomía, de que tenemos que tener una aproximación sensata, de que los factores perturbadores pueden venir por un descarrilamiento de la conducción macroeconómica, de que la estabilidad es un valor muy importante. Lo hemos aprendido, es un valor generalizado en la sociedad y es un activo que también se incorpora como parte de ese crecimiento económico alto y sostenido.

Quinto, la creación de un clima de confianza en el sistema jurídico del país. Seguramente se podrá mejorar, pero tenemos un estándar con relación al resto de América Latina que se compara muy bien. Eso es muy valioso, es una condición para crear la forma de invertir y mirar el país al futuro.

Sexto, el reconocimiento del papel del sector privado junto con el sector público, que ha ganado un cierto equilibrio en el consenso de cooperación y colaboración, que es muy importante para su papel activo en una sociedad mixta como la nuestra.

Todo esto hace que la idea de un crecimiento económico alto y sostenido tenga para nosotros una oportunidad. Podemos tener, como vamos a tener, los altibajos propios de la coyuntura internacional y nacional, pero estos son activos importantes cuando miramos al país en su conjunto y lo comparamos con la última década.

EL FRENTE SOCIAL

La cohesión indiscutiblemente tiene mucho que ver con el tema de las políticas sociales en nuestros países. Estamos avanzando en esta materia en forma significativa. Hay tres o cuatro elementos importantes en los cuales podemos concluir que hay un cierto consenso.

Primero, la eficiencia del gasto social es tan importante como el aumento del gasto. En ese sentido, la eficiencia de los servicios públicos nos debe preocupar particularmente, porque de eso depende no solamente la eficiencia del sistema económico sino también la eficiencia del gasto social en su conjunto. Ahí quizás el punto más importante sea la calidad de la educación, que debe comprometernos como un objetivo prioritario. No solamente el acceso a la educación, que está llegando en gran forma a todos los estratos, sino el tema de la calidad de la educación. El mundo del futuro nos va a encontrar pertrechados con elementos de fuerza si somos capaces de enriquecer el acervo de formación de nuestros recursos humanos, y lo podemos hacer.

Segundo, en términos generales, en todo esto hay una rectoría de las políticas sociales que corresponde al Estado. El Estado es en el fondo un pilar fundamental de las políticas sociales y le corresponde conducirlas, sin desconocer que hay un papel para el sector privado y la sociedad civil. Son puntos pacíficos en los que hay que insistir como bases sobre las cuales fijar las políticas de futuro.

En tercer lugar, la política de fortalecimiento institucional. En términos comparativos, tenemos un entramado institucional que es un activo del país y que seguramente tendremos que mejorar a partir de la reforma del Estado. La reforma del Estado es una demanda que está muy incorporada en las políticas del gobierno y a las que hay que

prestarle toda la atención. Si uno mira la historia económica y social de América Latina se encuentra con que en el papel del Estado está en buena parte la explicación de nuestra historia económica, política y social. Qué Estado para el momento que nos toca vivir. Ahí el tema fundamentalmente es evitar la captación del Estado por intereses privados políticos o de cualquier tipo; es lograr que se constituya un Estado transparente, y eso depende fundamentalmente de que sigamos trabajando en la creación de un servicio civil a la altura de las demandas del mundo moderno que se nos impone hoy. Servicio civil eficiente y transparente en su conducta republicana. El servicio civil sigue siendo un elemento fundamental en cualquier reforma del Estado. Y todo el problema vinculado con la consolidación del sistema judicial tiene una gran importancia.

El cuarto frente es el pacto fiscal. En el fondo, el gran problema del desarrollo económico y social de América Latina ha sido la inexistencia de un pacto fiscal claro en parte de la sociedad. Los Estados necesitan recursos para atender la infraestructura económica que facilita el crecimiento y para atender las demandas sociales, algunas de ellas postergadas, con segmentos que han quedado retrasados en el progreso social. Es muy importante la idea de un pacto fiscal en la sociedad, en el que tanto la progresividad del gasto como la progresividad del ingreso se acompañen de una clara percepción de para qué se usan los recursos, en qué se invierten, cómo se genera la contrapartida del Estado a las demandas sociales. El pacto social, que estudió muy bien la CEPAL, constituye un elemento importante.

El último tema: ¿será posible, con toda esta complejidad del mundo que nos somete a tantos desafíos, generar algo así como un contrato social entre las distintas fuerzas sociales, un acuerdo a través del diálogo, del compromiso de todas las fuerzas sociales, políticas, económicas que operan en un país? ¿Será posible una especie de contrato en el que tanto el Estado como la sociedad sean conscientes de sus derechos, pero también de sus obligaciones? Si pudiéramos imaginar un acuerdo de este tipo, estaríamos frente a una forma inteligente de abordar el tema de nuestro futuro en forma concertada. En ese sentido, algunas formas que se han experimentado en algunos países en Europa, en torno a estos temas podría ser una forma inteligente de abordar el desafío.

Con estos cinco puntos quería aterrizar la visión global del desarrollo económico en estos momentos.

Termino con algo que he dicho en muchas oportunidades. Yo soy optimista respecto del país. El país ha demostrado en momentos difíciles su capacidad de unidad nacional, su capacidad de reaccionar conjuntamente. Ante grandes problemas, el país se juntó para hacerles frente. Ante problemas internos y problemas externos de todo tipo hemos tenido siempre una capacidad de unidad nacional muy valiosa.

El tamaño de un país importa, pero ¡ser pequeño no es malo! Y el país ha ensayado un entramado institucional que nos permite mirar hacia delante y haciendo pie en la flexibilidad y las oportunidades que nos ofrece el tamaño.

En estos temas está la reflexión del futuro. Con esto quiero saludar al CLAEH porque estas ideas están presentes en la labor del Centro Latinoamericano de Economía Humana. Luego de cincuenta años de deambular por tantas experiencias, por tantos modelos de desarrollo, retomamos el concepto de humanismo, que caracterizó la creación de esta

institución, para reconocer que la economía es un instrumento y no un objetivo *per se*. Y que ese instrumento es bueno, se potencia, si somos capaces no solamente de crecer con dinamismo, sino de resolver los temas sociales, de fortalecer las instituciones y nuestras democracias, y si a partir de ahí somos capaces de tener un proyecto nacional con confianza entre las personas y en las instituciones que las rijan.

Esto es lo que puede ser el mejor homenaje al pensamiento del CLAEH: el pensar que aquellos orígenes vuelven a ser tomados hoy, y con mayor vigor, con mayor capacidad para entender las cosas y, ojalá, mayor coraje para abordar política y socialmente la gran aventura de estos acuerdos nacionales frente a un futuro que vemos como muy promisorio.